

CONGRESO DE PENSAMIENTO LATINOAMERICANO. Noviembre 2003.

PONENCIA DE GUADALUPE ISABEL CARRILLO TOREA

Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades.

UAEM. Toluca Estado de México

**LA NOCIÓN DE URBE EN LA NARRATIVA LATINOAMERICANA ACTUAL
LA CIUDAD LATINOAMERICANA EN EL DISCURSO LITERARIO**

La narrativa latinoamericana de los años cincuenta en adelante, presta una mayor atención al paisaje urbano que, desde décadas anteriores y en algunos lugares ya a finales del siglo XIX,¹ había impuesto la modernidad. Las ciudades de nuestra región latinoamericana se transforman no sólo en escenarios, sino en una suerte de *personajes* capaces de imponer y desarrollar una trama literaria, en tanto espacios cargados de significación y de complejidad. La ciudad como discurso en sí misma, como interlocutor permanente de quien la habita, propicia un diálogo en el que da cabida a la interpretación; esto último es lo que el texto literario permite: la posibilidad de re-crear la ciudad, pues la escritura no sólo es capaz de re presentar a la ciudad o a sus espacios, sino auténticamente de "crear" la ciudad u otra ciudad, en tanto que sus interpretaciones pueden ser múltiples y variadas.

Las transformaciones físicas de los espacios habitables de Latinoamérica presentan una cierta secuencia: se ha pasado de la vida en los villorrios a la vida aldeas extendidas; de ahí a la vida propiamente urbana; de ésta a la correspondiente a las grandes ciudades que se transforman en urbes con acentos cosmopolitas, cuyos espacios se tornan más amplios, con un sentido más *globalizante*. En el mundo las diferencias físicas entre las ciudades, su

¹ Julio Ramos en su obra *Desencuentros de la Modernidad en América Latina*, 1989, da cuenta de la incorporación de lo urbano como tema central en escritores finiseculares como José Martí, Federico Gamboa, L.V. López...aunque en el caso de Martí se refiera más a sus crónicas periodísticas.

construcción, su distribución territorial, las historias de las grandes urbes, marchan al unísono de las culturas de donde brotan, de tal forma que la gran ciudad europea es diferente a la del Medio-Oriente y, también, a las novísimas ciudades latinoamericanas.

La historia colonial, reveladora de un empeño mimetizador por parte de los europeos visitantes, no impidió, sin embargo, que la constitución de las nuevas ciudades, fundadas inicialmente con ánimo de emular otras ya existentes, adquiriesen un estilo propio, con un mestizaje artístico que, lejos de empobrecerlas, las enriquecieron en su valor histórico, antropológico y, por su puesto, cultural. De ellas emergen aquellos habitantes que establecen diálogo permanente con las mismas. Esta comunicación contribuye a la renovación continua del rostro de la ciudad, no sólo por lo que pueda re-construirse materialmente en sus espacios, sino, y sobre todo, por el discurso que va formulándose a modo de creación. "Las ciudades también se fundan en los libros" (2000: 19), señala, acertadamente, la investigadora argentina Rosalba Campra. Efectivamente, muchas veces a través de la palabra se promueve, se concibe o, sencillamente, se crea el rostro de una ciudad. La palabra antecede al hecho, éste último se ve urgido por la palabra.

La ciudad: un espacio significante

Para profundizar en el tema propuesto, esto es, para reflexionar en torno a la presencia de la ciudad en el discurso literario, es necesario partir de las nociones básicas que lo envuelven. Una de ellas sería el concebir a la ciudad como un espacio sígnico, categoría fundamental dentro del texto narrativo, para, más adelante, introducirnos en las variantes que la misma - también en el texto narrativo- pueda presentar, ya no solamente como espacio material, sino, incluso como personaje, atendiendo siempre al carácter significante que posee.

La noción de espacio ha sido considerada como elemento primordial de la obra literaria desde tiempo inmemorial. Grandes escritores clásicos hablan del espacio haciendo siempre referencia a la naturaleza; así lo vemos en Homero, Virgilio u Horacio cuya influencia alcanzó períodos tan distantes como la Edad Media y el Renacimiento, y que llegaría

incluso a autores del siglo XIX, entre los que se encuentra Andrés Bello con su insistente llamada al hombre de la ciudad para que vuelva su mirada al campo.

Durante mucho tiempo la crítica tradicional identificó *espacio* con *escenario* en el que ocurren los hechos. A pesar de esa definición quizás más simplista de lo que puede llegar a ser, es evidente que incluso en estos términos, su valor trasciende el localismo. En muchas ocasiones un escenario bucólico impondrá un comportamiento determinado en los personajes. Igualmente, un lugar sórdido, un campo de batalla, por ejemplo, influirá en quienes ejecutan las acciones, llevándolos a la actividad, a la violencia...

Actualmente, y siguiendo a Antonio Garrido Domínguez, en su obra *El Texto Narrativo*(1996), podríamos aceptar que "Además de un concepto, el espacio narrativo es ante todo una realidad textual, cuyas virtualidades dependen en primer término del poder del lenguaje y demás convenciones artísticas. Se trata, pues, de un espacio ficticio, cuyos índices tienden a crear la ilusión de realidad,..."(1996: 208). Efectivamente, identificar el espacio como **realidad textual** permite formular infinidad de alternativas significantes que él mismo posee, e, igualmente, desentrañar múltiples formas de representación en el discurso ficcional. Entre otras de esas formas, encontraríamos el espacio psicológico, el que se crea en el pensamiento mismo de algún personaje; o bien el espacio material de la novela realista o naturalista, cuyos referentes históricos son fundamentales; los espacios simbólicos o los espacios metafísicos que tan magistralmente dibujó, con la escritura, Jorge Luis Borges. De alguna manera, la concepción del espacio determina el género narrativo novelesco al que pertenece un texto, otorgándole cierta identidad literaria.

De todo lo dicho habría que añadir la característica, desde mi punto de vista más importante, que aporta el espacio en el discurso narrativo, esto es, su *valor signifiante*, la posibilidad semiótica que todo espacio, incluso "el espacio humano en general", según palabras de Barthes (1997: 257), posee y manifiesta en el terreno cultural y, por supuesto, en la escritura. A través de esta significación seremos capaces de adentrarnos en él, mirarlo, leerlo, dialogar con sus contenidos, **contaminarnos** de ellos e, igualmente crear

ideologías o formas de ver la vida como respuesta a la interpelación que los espacios nos van formulando a lo largo de la convivencia con los mismos.

Junto a las posibilidades de significación añadiríamos el carácter referencial que también encontramos en el espacio; el acercamiento a la realidad logrado no sólo mediante las descripciones de lugares, sino por la evocación de nombres. Así nos lo explica Luz Aurora Pimentel en su obra *El Espacio en la ficción* (2001), al señalar que "...desde la perspectiva semiótica, un espacio construido - sea en el mundo real o en el ficcional - nunca es un espacio neutro, inocente; es un espacio significativo y, por lo tanto, el nombre que lo designa no sólo tiene un referente sino un sentido, ya que, precisamente por ser un espacio construido, está cargado de significaciones que la colectividad/autor (a) le ha ido atribuyendo gradualmente". (2001: 31).

Los espacios, pues, están cargados de *significación* y de *sentido*. De las posibilidades significantes se desprenden infinidad de contenidos de carácter antropológico, sociológico y también literario que se ven estrechamente vinculadas unas de otras y que trataremos en las páginas siguientes. Esto se acentúa aún más en los espacios públicos, aquellos donde concurren las masas, es decir: las plazas, las calles, los parques... todos ellos elementos propios de un todo al que llamamos ciudad.

La ciudad: el espacio por antonomasia

La noción de ciudad en Latinoamérica arranca del mismo período pre-hispánico. La presencia de grandes ciudades como México Tenochtitlan o la mítica Teotihuacan en México, o bien el Cuzco entre los incas, son ejemplos más que expresivos del valor cultural y social que, ya para el momento, había adquirido la ciudad, concebida en toda su extensión de espacio público organizado. Esto incluye el sentido del "orden", elemento que legitima la convivencia de sus habitantes, de forma que lo que permanece fuera de los predios de la ciudad -materializados muchas veces por murallas construidas como fronteras- sea concebido como parte de una naturaleza inhabitable, más bien salvaje. En la

mentalidad de muchos pueblos, la vida en el campo está más cerca de lo que suele llamarse la vida en la naturaleza que de lo que se acepta como la vida en la cultura.

El estilo foráneo que impone la colonia, determina igualmente otro dominio de carácter ideológico que persiste hasta los difíciles años de emancipación. Aquel período de mediados del siglo XVIII -y que se alarga a las primeras décadas del XIX- en que la pobreza invadía la mayor parte de la geografía americana, mostrará un paisaje urbano incipiente. De las clases sociales, muy bien delimitadas incluso por la diferenciación de castas, apenas los blancos criollos tenían acceso a los lugares privilegiados que se van construyendo en la ciudad. En un momento en que la corte imponía estilos y modos de vida, algunas construcciones de la ciudad se convierten en sinónimo de lo artificial; espacio para el lujo materializado por la erección de palacios, teatros e incluso monasterios que ostentaban riqueza y privilegios; de allí que en algunas obras literarias importantes de la época la oposición campo/ciudad se presentase en detrimento de la segunda. La naturaleza se asocia a la noción de identidad, de forma que acercarse a ella suponga retomar las raíces, ser americano.

Así lo proponía Andrés Bello en su poema *Alocución a la Poesía* (1823), escrito durante la larga temporada en la que el poeta residió en Londres y publicado un año antes de que se consumara la independencia de muchos de los países del continente Latinoamericano. En sus versos, enalteciendo a la Poesía y dándole categoría de divinidad, la interpela para que deje "la culta Europa" y dirija su mirada al mundo natural americano. La Poesía en este caso representa, evidentemente, a la intelectualidad de entonces. Hay, pues, un constante llamado para la vuelta hacia la tierra, concebida como raíz y patria.

Una vez lograda la independencia, los aires de renovación y progreso van filtrándose en muchos países de nuestras geografías. La influencia norteamericana se deja sentir y su proyecto de país se convierte en paradigma para muchos intelectuales sumergidos en el espíritu de la época. Rosalba Campra señala a propósito de Sarmiento, escritor argentino que marcó el rumbo cultural e incluso literario de mediados del siglo XIX, lo siguiente: "Para Sarmiento, civilización significa ante todo la idea del espacio urbano como centro de

educación, el comercio y el desarrollo de las artes, es decir, como base de una vida socializada, abierta al progreso, en contraste con el individualismo, la arbitrariedad y la improductividad reinantes en la pampa. La ciudad es lo que se puede abarcar, y por lo tanto legislar, contra la extensión anárquica del desierto pampeano"(2000: 25).

La propuesta de Sarmiento se mantiene por muchas décadas. El Romanticismo que se desarrolla con mayor furor hacia 1840 y que alcanza los finales del siglo; los artículos de Costumbres y el Modernismo posterior centrarán su atención en las calles, en las plazas de la ciudad. Miguel Rojas Mix en un artículo publicado en la *Historia de la Literatura Hispanoamericana* (Tomo II) sobre la cultura décimonónica, señala acertadamente que, para entonces, esto es, mediados del siglo,

En todas las capitales americanas opérase en aquel momento la gran transformación. De este tiempo es la apertura de las largas y espaciosas avenidas que rompen el tradicional esquema en damero, en beneficio de una concepción más "moderna" de la urbe: "Río Branco" en Río de Janeiro, "Paseo de la Reforma" en Ciudad de México, "Avenida de Mayo" en Buenos Aires. Es la misma época en que se construyen los *Champs Elysées* en París o la *Commonwealth Avenue* en Boston. Junto a las avenidas nacen los grandes parques destinados al "paseo". La ciudad se divide en barrios, residenciales y obreros. Surgen los cafés, los clubes privados, los jardines íntimos. (Rojas Mix: 1999: 67)

Las ciudades adquieren, por tanto, una importancia mayor, acentuada por la novedosa reconstrucción de las mismas, por su incipiente modernidad que abre espacios, transformando las mentalidades. Esto, incluso, tendrá resonancia posterior en aquellos escritores que, tomando el tema de la naturaleza, hablarán de ella como esa fuerza devoradora que aniquila al hombre. Ejemplos como *Doña Bárbara* (1929) de Gallegos y *La Vorágine* de José Eustasio Rivera (1924) son reveladores. En estas obras, de forma implícita, la ciudad se asocia a la civilidad ya propuesta por Sarmiento un siglo antes.

La Modernidad, que va adentrándose en el paisaje urbano de algunos países, problematiza la noción de ciudad. Del *flâneur* baudeleriano de principios del siglo XX, donde el poeta

recorría la ciudad, caminándola a modo de vago transeúnte, se pasa al recorrido por grandes avenidas transitadas por automóviles en los que no cabe ya el peatón. Para afianzar lo expuesto en los párrafos anteriores, recordaré el comentario de Julio Ramos a propósito de la evolución del concepto de ciudad en autores del siglo XIX, como José Martí:

Hacia el último cuarto de siglo, en parte por el proceso real de urbanización que caracteriza muchas de las sociedades latinoamericanas de la época, el concepto de la *ciudad* - que en buena medida sigue legitimando el discurso del cronista- se ha problematizado -. En Martí la ciudad aparecerá estrechamente ligada a la representación del desastre, de la catástrofe, como metáforas claves de la modernidad. La ciudad, para Martí y muchos de sus contemporáneos (particularmente, aunque no sólo los literatos) condensa lo que podríamos llamar la *catástrofe del significante*. La ciudad, ya en Martí, *espacializa* la fragmentación - que ella misma acarrea- del orden tradicional del discurso, problematizando la posibilidad misma de la representación...(1989: 118)

Efectivamente, nos encontramos ante una reflexión en la que ya se vislumbran las características propias de la ciudad moderna que irá desarrollándose en casi toda Latinoamérica y que se verán, en su mayoría, más bien hacia mediados del siglo XX. La noción de lo fragmentario que percibía Martí, se acentúa cada vez más a medida que avanza el tiempo. Los países latinoamericanos crecen en bonanza económica y este hecho repercute en el desarrollo de sus ciudades, especialmente de las capitales. De esta forma va ganando presencia la distinción entre *ciudad* y *urbe*. Noé Jitrik en su artículo "Voces de Ciudad" recuerda cómo la palabra ciudad, que proviene de "civitas" refiere más bien "el hecho de la ciudad en lo que tiene de *social*, mientras que "urbs" atiende a una situación de *estructura*, razón por la cual se comprende muy bien que el "urbanismo", que sale de ella y se le aplica, sea una ciencia que se ocupa de entenderla, mejorarla o transformarla para que sea mejor ciudad"(2000: 17). La urbe, en la actualidad, apunta al concepto de ciudad en términos más complejos; connota más el comportamiento ideal de quien la habita; a su conducta refinada, con códigos de urbanidad elevados, con altos grados de tolerancia social y con ciertas dosis de cosmopolitismo, pero también a la manera en que puede ser organizada de forma que se alcance un óptimo funcionamiento de la misma; en donde los servicios públicos son suficientes y de calidad.

Como hemos visto en los párrafos anteriores, la ciudad en Latinoamérica se ve sumergida en un proceso de cambios que modifican su fisonomía. Desde la desaparición del majestuoso espacio pre-hispánico, podemos evidenciar que la ciudad latinoamericana es el lugar de los cambios, de las grandes transformaciones. Es el reflejo de los tiempos, de las mentalidades y también, así mismo, de la identidad. Este último factor dará más relieve al valor que en la actualidad y desde hace algunas décadas, tiene la ciudad para la cultura, las ideologías, y, por supuesto, también para la literatura.

Ciudad es también identidad

Entre los planteamientos básicos de la semiótica se encuentra el valor de la significación, de lo que tiene sentido. La misma está presente en todas las situaciones de la vida, en todos los lugares, en todas las cosas, en aquello donde podamos evidenciar la presencia de un signo. Gracias a la significación es como podemos hablar de una *lectura* de fenómenos culturales, de actitudes humanas, de ciudades. Lo que nos rodea, el mundo en su totalidad puede ser *leído*, esto es, visto desde su valor de significación, e interpretado. De esa lectura, a su vez, puede brotar una re-elaboración del discurso que de alguna manera ha sido asumido por nosotros. Esto lleva a la participación activa del observador/lector, de modo que el mismo se convierte en creador, construyendo, a través de su interpretación, un nuevo discurso. Se trata de un trabajo individual que el hombre moderno asume como parte de su vida. Es ver la realidad desde su carácter signifiante, de forma que un enfrentamiento con la misma, se resuelva en términos subjetivos; es la toma de decisiones de un sujeto que mira a un objeto (léase signo) cargado de sentido.

La socióloga Alicia Lindón, a propósito de lo expuesto señala que "...para el individuo común, la subjetividad son los ojos con los cuales ve el mundo y con los cuales actúa en él"(Lindón, 2001: 39). Lo anterior está presente en un contexto cultural construido con las bases que la Modernidad ha proporcionado. En esa Modernidad nos situamos para revisar las propuestas que, desde la literatura, encontramos sobre la ciudad latinoamericana de los años sesenta y setenta, asumiendo la lectura que, como ciudadanos, los intelectuales de la época experimentaron.

Una primera mirada a la Latinoamérica de aquellos años, muy semejante a la que actualmente vivimos, nos muestra sobre todo lo que Néstor García Canclini ha denominado *culturas híbridas*. Según el sociólogo, nuestros países se han gestado desde la hibridez y en ella permanecen. El mestizaje que nos define se revela en la cultura que hemos construido, y claro está, en nuestras ciudades. Este carácter de heterogeneidad cultural se ha venido acentuando cada vez más, de forma que la *hibridación* - como la llama Canclini- se ha convertido en el rostro cultural más peculiar del continente.

Así las cosas, la ciudad, funciona también como recurso facilitador y promotor de la identidad de un pueblo, de los ciudadanos que la habitan, debe definirse desde su diversidad. El mismo García Canclini enfatiza: "Hoy la identidad, aún en amplios sectores populares, es políglota, multiétnica, migrante, hecha con elementos cruzados de varias culturas" (García Canclini, 1995: 125). La ciudad es igualmente un *espejo* de identidades; presenta los rasgos antes descritos por el sociólogo que bien pueden identificarse con la Latinoamérica de los años sesenta y setenta, aunque en la actualidad se haya acentuado, gracias también al fenómeno de la globalización.

La fundación de las ciudades iba de la mano de un proceso sociológico de organización y también de delimitación de territorios. Poder establecer fronteras se convertía en sinónimo de homogeneidad: un grupo de hombres pertenecientes probablemente a la misma raza o a un mismo grupo tribal se unían para establecer un lugar exclusivamente para ellos, separado de *otros*, considerados como extranjeros. Esto permitía la evolución de ciertos conceptos que los ciudadanos iban adquiriendo; por ejemplo: lo propio y lo ajeno, lo local y lo foráneo. Los límites que las ciudades ofrecían contribuían notablemente para que las nociones antes mencionadas fuesen forjándose en la mente de quienes las habitaban.

Aunque en la actualidad esos límites son cada vez más tenues, no por ello se ha perdido las peculiaridades que acompañan a las grandes ciudades, de modo que aún se pueda hablar de la identidad que los espacios urbanos aportan a sus ciudadanos. Mediante la misma los individuos van perfilando un rostro que mira y habla desde su singularidad. Rosalba Campra, señala, en este sentido, que "...el espacio urbano, a partir de la existencia del límite

que confiere identidad, establece un sistema de oposiciones que sirve como instrumento para descifrar el mundo: un código que conserva su vigencia aún cuando el límite, como realidad concreta y tangible, haya desaparecido..."(2000: 24-25)

Efectivamente, las fronteras de las ciudades modernas se han ido borrando. Las semejanzas entre unas y otras se hace cada vez más acentuada. La efervescencia y la prisa, que se desplazan por autopistas o avenidas extensas, se han convertido en la geografía agobiante de quienes las recorren. El cambio constante es, entre otros, el nuevo ser de la ciudad. Desde él, el ser humano actúa, se construye, responde a la realidad. Hablar, pues, de binomio hombre/ciudad no sería desacertado, si consideramos la inevitable influencia a la que ambos se ven sometidos.

El poder de la palabra, presente en la obra literaria, o en un texto concreto, o en un relato funciona como espejo de realidades. También como interpretación y, por lo tanto, como reelaboración de las mismas, según señalábamos en las primeras páginas de esta investigación. Nombrar a la ciudad, describirla, vivir en ella, sufrirla, ha sido parte de la cotidianidad de la mayor parte de los hombres a lo largo de la historia; las singularidades que las ciudades han presentando, han sido asumida o rechazadas por sus habitantes, de allí que sea imperativo hablar de ellas, reconocerlas con la palabra, abordarlas a través del discurso literario.

Para el hombre contemporáneo la ciudad se convierte en el espacio por antonomasia. Pero se trata de un espacio problematizado por la herencia que la modernidad ha dejado y que se mantiene en la posmodernidad. Michael De Certeau explica a propósito de este fenómeno: "Así funciona la ciudad-concepto, lugar de transformaciones y apropiaciones, objeto de intervenciones pero sujeto sin cesar enriquecido con nuevos atributos: es al mismo tiempo la maquinaria y el héroe de la modernidad"(1986: 107)

En esa Modernidad es donde encontraremos la recurrencia de tópicos en torno a la ciudad. Tópicos por demás abordados desde la literatura, pero que parten de perspectivas multidisciplinares. Una de ellos sería, por ejemplo, el planteamiento del antropólogo Marc

Augé en su obra *Los no lugares. Espacios del anonimato* (1992). En este trabajo el autor plantea que nuestra época contemporánea, a la que él llama de la sobremodernidad, "...es productora de no lugares, es decir, de espacios que no son en sí espacios antropológicos..."(1992: 83). Se trataría de espacios vacíos de significación en los que el hombre transita sin establecer ningún tipo de sentido de identidad, o de valor simbólico. Se refiere, pues, a las estaciones del metro, a las salas de espera de los aeropuertos, a las autopistas, a las estaciones ferroviarias...lugares de paso donde el hombre no crea ninguna significación, son los espacios de la no-memoria.

En feliz coincidencia con Augé, Michael De Certeau en su obra *La invención de lo cotidiano. I Artes del hacer* (1986) apunta que "andar es no tener un lugar" para después puntualizar que "se trata de un proceso indefinido de estar ausente y en poses de algo propio. El vagabundeo que multiplica y reúne la ciudad hace de ella una inmensa experiencia social de la privación de lugar" (1986: 116). Ese *vagabundeo* al que hace referencia De Certeau no coincide con el *flâneur* baudeleriano de principios de siglo, donde los territorios para deambular eran sinónimo de acogida y acicate para la creación. Se trata más bien de una comprensión de la ciudad como el *videoclip* que imagina García Canclini, es decir, ese "montaje efervescente de imágenes discontinuas" (1995: 116), y por último, alude, claro está, a los "no-lugares" de Marc Augé.

Esa es la ciudad moderna, la ciudad contemporánea que va y viene en su capacidad significativa que, en medio de sus contradicciones, es capaz de proyectarse como discurso para ser leído, como bien señalaba Barthes: "La ciudad es un discurso, y este discurso es verdaderamente un lenguaje: la ciudad habla a sus habitantes, nosotros hablamos a nuestra ciudad, la ciudad en la que nos encontramos, sólo con habitarla, recorrerla, mirarla." (1997: 260-261). Será, pues, desde el diálogo que la misma ciudad impone, donde la literatura responderá como ávido interlocutor, interrogando a la ciudad, imaginándola, confundiendo con ella.

Guadalajara, Jalisco. Noviembre de 2003.

BIBLIOGRAFÍA

AUGÉ, Marc: *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Editorial Gedisa. Barcelona. 1992.

BARTHES, Roland: *La aventura semiológica*. Paidós. Barcelona. 1998.

DE CERTEAU, Michel: *La Invención de lo Cotidiano. I Artes del hacer*. Universidad Iberoamericana. México. 1986.

GARCÍA CANCLINI, Néstor: *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Editorial Grijalbo. Méxic. 1990.

_____ *Consumidores y Ciudadanos. Conflictos multiculturales de la Globalización*. Grijalbo. México. 1995.

PIMENTEL, Luz Aurora: *El Espacio en la ficción*. Siglo XXI Editores. Argentina. 2001.

RAMOS, Julio: *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y Política en el Siglo XIX*. F.C.E. México. 1989.

ROJAS MIX, Miguel: "La cultura hispanoamericana del siglo XIX". En *Historia de la Literatura Hispanoamericana. Tomo II. Del Neoclasicismo al Modernismo*. Editorial Cátedra. Luis Iñigo Madrigal (Coordinador). Tercera Edición. 1999.

HEMEROGRAFÍA

CAMPRA, Rosalba: "La ciudad en el discurso literario", en Revista SYC (director: Noé Jitrik), Buenos Aires. 2000.

JITRIK, Noé: "Voces de Ciudad", en Revista *SYC* (director: Noé Jitryk), Buenos Aires. 2000.

LINDÓN, Alicia: "La modernidad y la subjetividad social: una aproximación a la vida metropolitana" en *La dimensión múltiple de las ciudades*. Coord., Miguel Ángel Aguilar y mario Bassols R. Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Ixtapalapa. División de Ciencias Sociales y Humanidades. Departamento de Sociología. México. 2001.